

ros de Latour-Maubourg. Al verle fué extremado el entusiasmo entre las tropas y los habitantes. Un hospital de heridos franceses había cerca del gran puente de piedra, y en sus alrededores solían estar los convalecientes viendo trabajar á sus camaradas en las obras de defensa. Al descubrir á Napoleón estos jóvenes, arrastrándose como podían sobre sus miembros mutilados, agitando unos sus gorras, otros sus muletas, prorrumpieron en gritos de ¡Viva el emperador! con un verdadero fanatismo militar. Obligados á recibirle como á su salvador los habitantes, le saludaron con iguales voces, pidiéndole que amparara á sus mujeres y á sus hijos, contra los horrores de la guerra. A mayor abundamiento la postrera morada que hicieron en su territorio los coligados, y especialmente los rusos, casi los reconciliaban con los franceses, que los trataban con mucha menos dureza. Ya algunas balas caídas sobre el puente y sobre la plaza Mayor les advirtieron del peligro, y Napoleón se les presentaba en este instante como su libertador verdadero. Dirigióse á la mansión del rey de Sajonia para tranquilizarle, le instó vivamente á no sentir zozobra sobre el éxito de aquella jornada, y luego se trasladó al frente del campo atrincherado, con el fin de unirse al mariscal Saint-Cyr, que estaba á la cabeza de sus tropas y tomaba sus disposiciones tácticas con su habilidad de costumbre.

Ya hemos dado una primera idea de la situación y configuración de Dresde. Se halla la ciudad principal á la izquierda del Elba, y por tanto cuando se llega de las orillas del Rhin es la primera que se descubre. Una serie de alturas, desprendidas de las montañas de Bohemia, envuelven á la ciudad y forman en torno una especie de anfiteatro. Sobre este anfiteatro se encontraban los coligados procedentes de Bohemia para cogernos por la espalda. Así la tenían vuelta á Francia, como si llegasen de este punto, y nosotros á Alemania, como si estuviésemos encargados de pelear por ella. Pegada á la ciudad vieja nuestra línea de defensa, presentaba un semicírculo cuyas dos extremidades tenían el Elba por apoyo, la extremidad izquierda en el arrabal de Pirna y la extremidad derecha en el arrabal de Friedrichstadt. Esta línea consistía primeramente, según hemos dicho, en cinco reductos construidos en la parte saliente de los arrabales y enlazados por cerramientos y terraplenes, y esto se llamaba campo atrincherado; después en el antiguo recinto compuesto de un foso y de empalizadas, y últimamente en las embocaduras de las calles que se habían cubierto de barricadas.

En la línea exterior de los reductos había situado el mariscal Saint-Cyr sus tropas. Habiendo quedado su primera división con Vandamme, situó la segunda 43.^a del ejército en la primera mitad del circuito de la ciudad, partiendo desde la barrera de Pirna hasta la barrera de Dippoldiswalde; y colocó la cuarta, 45.^a, en la otra mitad del circuito que terminaba en el arrabal de Friedrichstadt. Delante del arrabal de Pirna se hallaba un extenso jardín público, llamado el *Gross-Garten*, de cuatrocientas á quinientas toesas de ancho, siendo su longitud de mil á mil doscientas, y que, con relación á las disposiciones de esta jornada, presentaba una aguda punta saliente delante de nuestra izquierda. Allí había establecido el mariscal Saint-Cyr su tercera división, la 44.^a, si bien con la precaución de no dar más que sim-

ples puestos en la parte avanzada del jardín, y de colocar el grueso de la división á retaguardia á fin de que no fuera cortada del recinto de la ciudad, al cual no se hallaba el *Gross-Garten* inmediatamente enlazado. Con arte infinito había prevenido el mariscal Saint-Cyr sus puestos, de manera que se auxiliasen unos á otros, y entre los reductos, algunos de los cuales no se flanqueaban lo bastante, dispuso la artillería montada para llenar con fuegos móviles los huecos dejados por los fuegos fijos. Los rusos de Vittgenstein y de Miloradowitch, procedentes á las órdenes de Barclay de Tolly de Peterswalde y dando frente á nuestra izquierda, debían atacar entre el Elba y el *Gross-Garten* por las barreras de Pirna y de Pilitz. Los prusianos á las órdenes del general Kleist debían atacar el *Gross-Garten*; los austriacos, procedentes de los desemboques más distantes y conducidos por Freyberg sobre Dresde, formaban la izquierda de los aliados, por consiguiente daban frente á nuestra derecha, y debían atacar entre las barreras de Freyberg y de Dippoldiswalde. Al menos esto era lo que se podía inferir de la distribución aparente de las fuerzas enemigas sobre el semicírculo de las cumbres.

Después de recorrer Napoleón esta línea bajo un fuego de tiradores bastante vivo, aprobó todas las disposiciones del mariscal Saint-Cyr y le dió á conocer sus instrucciones. Acababan de llegar los coraceros y les seguía la vieja guardia; pero la joven, compuesta de cuatro hermosas divisiones, no podía llegar aquel día á Dresde hasta muy tarde. Aún se hallaban los mariscales Víctor y Marmont á mayor distancia. El proyecto de Napoleón consistía en poner parte de la vieja guardia en las diversas barreras, á fin de custodiarlas contra toda ventaja imprevista del enemigo, y de no empeñar esta tropa de preferencia hasta el último extremo. Con el resto de la guardia, mantenida en la plaza principal de la ciudad, debía aguardar los sucesos. Cuando tuviera á la mano la joven guardia, se proponía emplearla personalmente á tenor de sus necesidades.

Con toda la caballería de Latour-Maubourg situó á Murat en la llanura de Friedrichstadt, que se extiende delante del arrabal de este nombre y formaba la extrema derecha de nuestra línea de defensa, para ocupar el espacio que la cuarta división del mariscal Saint-Cyr no podía llenar por sí sola. Entre esta división y la segunda, esto es, hacia el centro, parecían las fuerzas insuficientes, y Napoleón envió allí parte de la guarnición de Dresde, compuesta de westfalianos. Al general Teste ordenó que volviera á entrar en la ciudad con su brigada establecida junto al Elba, para dar apoyo á la caballería de Latour-Maubourg en la llanura de Friedrichstadt.

Resueltamente se esperaba de este modo el ataque de los doscientos mil enemigos que se tenían delante, y cuyo empuje se debía suponer que fuese violento, pues no se podrían lisonjear de apoderarse de Dresde más que por un golpe de vigor extremado. Sin embargo, ya era mediodía y no sonaba más que un fuego de tiradores hacia nuestra izquierda, á la parte del *Gross-Garten*. Este fuego se había empeñado entre los prusianos y la división 44.^a, hábilmente mandada por el general Berthezene.

Fácil es de adivinar por qué los coligados mostraban

tanta lentitud este día, estribando en haberse suscitado en el seno de su estado mayor un nuevo conflicto de opiniones. Se convino la víspera en aplazar toda resolución para el día siguiente 26 de agosto, ora á fin de dar tiempo de que llegara la cuarta columna, la del general Klenau, ora á fin de leer más en claro los designios de los franceses. Todo le pareció mudado el 26 por la mañana, pues en lugar de estar Saint-Cyr desplegado sobre la llanura, cuerdamente se había replegado junto á las obras de la ciudad, y no parecía fácil empresa la de forzarle en posición tan bien escogida. Además se debía suponer que Napoleón no era hombre para abandonarle sin socorros, y que por tanto los cinco ó seis mil y aun quizá los diez mil hombres que habría que sacrificar para apoderarse de Dresde, probablemente serían sacrificados sin fruto, lo cual era un principio triste para el grande ejército coligado, sin contar los peligros que se podían correr del lado de Pirna, y de los cuales nadie á la verdad tenía una idea clara entre los coligados. En este nuevo estado de cosas, el general Jomini, que tenía el espíritu general, bien que juicioso, arriñóse al dictamen del ardenté Moreau, el emperador Alejandro al de estos dos varones, y pareció determinado el repliegue sobre las alturas de Dippoldiswalde, para establecerse en este punto, de espaldas á las montañas y en una posición segura al par que amenazadora. Pero dominado por las pasiones de su ejército el rey de Prusia, dijo en tono de tenacidad fría que, después de hacer á espaldas de Napoleón una tentativa tan ambiciosa, sería una conducta que denotaría tanta debilidad como ligereza, y que además ultrajaría singularmente el patriotismo de sus soldados la de retirarse sin intentar siquiera una demostración contra Dresde. A esto replicó el general Jomini que la guerra no era un asunto de sentimiento, sino de cálculo; que la ciudad se debió atacar el día antes, esto es, el 25 de agosto; que entonces había probabilidades de fortuna; pero que hoy no había las suficientes para que se sacrificasen seis mil hombres. Moreau aprobó este dictamen, Alejandro aparecía vacilante según costumbre, y mostrábase descontento y áspero el rey de Prusia, cuando un habitante de Dresde cogido en las avanzadas y puesto en el caso de noticiar lo que supiese, declaró que Napoleón acababa de entrar en la capital de Sajonia, que no había ido allí solo, y dió tales pormenores que no cabía en lo posible abrigar la más leve duda acerca de este dato. Por su parte la columna rusa llegada por Peterswalde descubrió más allá del Elba las masas del ejército francés que acudían á Dresde; de modo que todo auguraba una resistencia de las más tenaces. Desde entonces ya tenía que haber uniformidad de pareceres, pues no quedaba más arbitrio que el de tomar de seguida la posición de Dippoldiswalde.

Aun reconociendo el príncipe de Schwartzberg que había razón para obrar de esta suerte, respondió que la retirada no era tan fácil como se suponía; que llegada la última su cuarta columna y muy avanzada hacia la izquierda, se hallaría en peligro si se retrogradaba demasiado de prisa, porque en el movimiento de conversión á la espalda que se iba á operar para alejarse de Dresde y establecerse junto á las montañas, tendría que trazar el arco de círculo más largo y que cruzar muchos valles, y que á causa de ella convenía ejecutar con mu-

cha lentitud el repliegue. A mayor abundamiento prometió dar contraorden acerca de todo proyecto de ataque. El generalísimo austriaco, que tenía al general Radetzki por principal redactor de sus disposiciones, había expedido la víspera la orden convenida para efectuar este día una fuerte demostración sobre Dresde, cosa malísimamente ideada en todos los casos, pues conviniera un ataque furioso ó nada. Ora por la dificultad de que circularan de prisa las órdenes entre una masa de doscientos mil hombres, ora por la repugnancia á alejarse sin batirse, la orden de atacar no se revocó á tiempo, y habiendo sonado la hora de las tres de la tarde en todas las iglesias de Dresde, moviéronse á la vez las numerosas columnas de los coligados, muy pronto se oyó un violento cañoneo, con gran asombro de los soberanos, que sólo pensaban en retirarse. Iniciado así el movimiento de derecha á izquierda, ya no era posible contenerlo, y así hallóse empeñado el ataque en todo el circuito de la capital de Sajonia.

Formando el cuerpo de Vittgenstein la derecha de los coligados, opuesto por consiguiente á nuestra izquierda, avanzó entre el Elba y el *Gross-Garten* enfrente del arrabal de Pirna. Había que cruzar un gran arroyo canalizado y denominado el *Land-Graben*, que llevaba al Elba las aguas de las alturas vecinas. Los soldados de la división 43.^a, segunda de Saint-Cyr, disputaron vivamente el terreno. Independientemente de una batería francesa, situada al otro lado del Elba, tenían los rusos á su derecha nuestro primer reducto construido delante de la barrera de Ziegel, á su izquierda nuestro segundo reducto construido delante de la barrera de Pirna, y enfrente baterías de artillería montada, cuyos fuegos móviles les aguardaban en todos los claros del terreno. Sumo trabajo les costó de consiguiente el avance: sin embargo, cruzaron el *Land-Graben*, después se dirigieron entre el Elba y el *Gross-Garten*, ayudados por los progresos que en este último punto hicieron los prusianos. Efectivamente, después de violentos esfuerzos, acabaron por apoderarse de este jardín, merced al número. Más de veinticinco mil eran contra una sola división, la 43.^a, que constaba de seis á siete mil hombres, y que no quería obstinarse en aquella defensa hasta correr el riesgo de ser cortada de la ciudad. Retrocedió poco á poco de manera de cubrir el más largo tiempo que fuera posible las partes de nuestra línea que se extendían á derecha é izquierda, y replegóse entre las barreras de Pirna y de Dohna, disputando tenazmente el jardín del príncipe Antonio, situado detrás del *Gross-Garten*, y que formaba la punta saliente del arrabal de Pirna. Allí fué á enlazarse á la división 54.^a, cuarta de Saint-Cyr, encargada de defender el resto del recinto.

Tal era el estado de las cosas en esta parte de la línea á las cinco de la tarde. Por este lado se había acercado el enemigo sobre manera á los reductos, bien que sin tomar ninguno de ellos. Hacia el centro había hecho más progresos el ataque. Habiendo descubierto los austriacos una inmensa masa de caballería, que ya cubría la llanura de Friedrichstadt sobre su izquierda, asestaron todos sus esfuerzos contra nuestro centro, y atacaron dos reductos, el tercero y el cuarto, allí construidos, uno delante del jardín de Mocinski enfrente de la puerta de Dohna, y otro delante de la puerta de Freyberg. Ata-

cando con cincuenta piezas de artillería cada uno de estos reductos acabaron por apagar sus fuegos, y aprovechando seguidamente algunos pliegues del terreno, rompieron tan mortífero fuego de fusilería, con especialidad sobre el jardín de Moczinski, que forzaron á nuestros soldados á evacuarlo. Ya lo tenían ocupado entonces. Este era el único de nuestros reductos de que se habían apoderado; pero un esfuerzo enérgico les podía hacer señores del cuarto y del quinto que le seguía, y á su derecha ya los rusos se hallaban al pie del primero y del segundo y aperebidísimos al asalto.

Grave se presentaba el peligro, aun siendo ya tarde y quedando poco día para operar á los contrarios. A pesar de la orden de economizar la vieja guardia, Friant, que mandaba á los granaderos de este cuerpo y se hallaba de reserva en el arrabal de Pirna, no temió comprometer algunas compañías de aquellos valientes en el lance. Abriendo tales veteranos con osadía las barreras de Pílnitz y de Pirna, dispararon á quemarropa sobre las cabezas de las columnas rusas y luego rechazaron á la bayoneta á los destacamentos más cercanos. A la extremidad opuesta, esto es, en la barrera de Freyberg, obraron los fusileros de igual modo y destrozaron á los austriacos. Por fortuna estos actos de energía no costaron mucha gente á la vieja guardia, á la cual tenía empeño Napoleón en guardar contemplaciones, reservando para la joven el honor y la educación de los grandes peligros.

Pero las columnas de esta joven guardia llegaban ahora, impacientes de venir á las manos con el enemigo y llenando á Dresde con los gritos de ¡Viva el emperador! Cuatro excelentes divisiones presentaban de ocho á nueve mil hombres cada una, dos de ellas á las órdenes del mariscal Mortier y otras dos á las del mariscal Ney. Al verlas Napoleón, acude y las dispone en persona. Envía á las divisiones Decouz y de Roquet á la barrera de Pílnitz, para arrollar á los rusos, que no cesaban de ganar terreno; á las divisiones de Barrois y de Parmentier á la barrera de Pirna, para arrollar á los prusianos, que después de tomar el *Gross-Garten* daban ya la mano á los austriacos cerca del reducto del jardín de Moczinski. Al mismo tiempo hace Napoleón que á Murat, á quien se acababa de incorporar la infantería del general Teste, se le transmita la orden de cargar sobre la llanura de Friedrichstadt con toda su caballería.

En un instante cambia la escena. Se abren las barreras de Ziegen y de Pílnitz y dos divisiones de la joven guardia salen como torrentes para arrojarse sobre los rusos y los prusianos. Primero se despliegan para hacer fuego, después se forman en columnas y cargan á la bayoneta á las fuerzas enemigas. Sorprendidos, se ven atajados los rusos y repelidos sobre el *Land-Graben*, teniéndolo que repasar desordenadamente. Una de estas divisiones tuerce á la derecha sobre el jardín del príncipe Antonio, atacado por los prusianos, y los expulsa de allí á la bayoneta. Acto continuo va á juntarse con las tropas de la división 44.^a, para volver á tomar el reducto situado á la extremidad del jardín de Moczinski. Los soldados de la joven guardia y los de las divisiones 43.^a y 44.^a desembocan de este jardín en muchas columnas, se arrojan sobre el reducto, unos por la gola, otros por los espolones, le reconquistan y cogen prisioneros

á seiscientos austriacos. En el mismo instante el general Teste, con la brigada que le queda, sale por la puerta de Freyberg y se apodera de la aldea de Klein-Hamburgo, mientras Murat, desplegándose con doce mil jinetes á nuestra extrema derecha, ahuyenta de la llanura de Friedrichstadt á los austriacos y los obliga á volver á ganar las alturas. Vivamente repelidos los coligados por todas partes, reconocen en estos actos vigorosos la mano de Napoleón y adoptan el partido de la retirada, abandonándonos tres ó cuatro mil muertos ó heridos y dos mil prisioneros. Peleando nosotros á cubierto, no habíamos perdido más de dos mil hombres.

Napoleón se hallaba encantado de esta primera jornada, pues aun cuando no hubiera sentido zozobra acerca de la conservación de Dresde, le satisfacía sobre manera haber salido de este ataque tan á poca costa, haber sacado al mismo tiempo de su terror á los habitantes de la ciudad y á la corte de Sajonia, y preveía con júbilo una brillante jornada para el día siguiente. Sin duda esta tentativa del 26 de agosto no podía ser el último esfuerzo del enemigo, y como aún se aguardaban aquella noche cuarenta mil hombres por lo menos, además de los que se acababan de recibir durante la tarde, se creía Napoleón en aptitud de dar el 27 una batalla decisiva.

Habiendo subido muchas veces en el curso del día á una torre de la ciudad, desde donde se descubría muy en claro el semicírculo de las cumbres que rodean á Dresde, ideó de pronto una de las más excelentes maniobras que había ejecutado nunca. A nuestra izquierda formaban los rusos la extrema derecha de los coligados, y estaban alineados entre el Elba y el *Gross Garten*. Algo más á la izquierda y aproximándose al centro, se hallaban los prusianos á las órdenes del general Kleist, repelidos del *Gross-Garten* y replegados sobre las alturas de Sttelen. Completamente en el centro se hallaba una parte de los austriacos, frente por frente de los arrabales de Dippoldiswalde y de Freyberg y sobre las alturas de Racknitz y de Plauen. Allí, entre el centro y nuestra derecha, se descubría una angosta y profunda garganta, sirviendo de lecho al riachuelo Weisseritz, que desagua en el Elba entre la ciudad vieja y el arrabal de Friedrichstadt. Más allá de esta garganta, llamada valle de Plauen, á la extrema izquierda de los aliados y á nuestra extrema derecha, estaba alineada la mayor parte de los austriacos, separados así del resto del ejército coligado por una especie de abismo, por entre el cual era imposible socorrerlos. Además, este lado del campo de batalla era más adecuado que los otros para las maniobras de caballería. Abarcando Napoleón de una ojeada las ventajas que ofrecía esta circunstancia local, determinó reforzar á Murat con todo el cuerpo del mariscal Víctor, lanzarle por medio de un rodeo á la derecha y de una manera fulminante sobre los austriacos que, privados de socorros, serían inevitablemente precipitados sobre la garganta de Plauen, y después de destruir de esta suerte la izquierda de los coligados, se proponía empujar á Ney con toda la joven guardia sobre su derecha, para rechazarlos en masa hacia las alturas de donde habían bajado. De este doble movimiento debía resultar una doble ventaja, la de arrebatárselos á la derecha el camino real de Freyberg, el más ancho y el mejor para operar la retirada, y el de acorralarlos á la

izquierda sobre el camino de Peterswalde, donde Vandamme los esperaba á la cabeza de cuarenta mil hombres y reducirlos así para retornar á Bohemia á caminos mal practicables, adonde no volverían sin experimentar pérdidas enormes.

Formadas estas combinaciones con maravillosa celeridad de espíritu en un instante, llenaron á Napoleón de una satisfacción que brillaba en su rostro, y no era más que el júbilo anticipado de un gran triunfo casi seguro para el día siguiente. Antes de tomar descanso ni alimento expidió sus órdenes sin levantar mano (1). A la derecha situó al general Teste á las órdenes del mariscal Víctor, á uno y otro á las de Murat, que así iba á tener veinte mil hombres de infantería y cerca de doce mil de caballería, con orden de rebasar á los austriacos por su izquierda y de empujarlos sobre el valle de Plauen á todo trance. Al mariscal Marmont, que llegaba entonces, le previno que se estableciera hacia el centro en la barrera de Dippoldiswalde, cerca del jardín de Moczinski, teniendo detrás la vieja guardia y la reserva de artillería. Sus tres divisiones debía de juntar al mariscal Saint-Cyr y ponerlas en columna cerrada entre la carrera de Dippoldiswalde y la barrera de Dohna, con la derecha hacia el mariscal Marmont y la izquierda hacia el *Gross-Garten*. Estos dos cuerpos, situados cerca de Napoleón, que tenía pensado mantenerse en el centro, lo cual hizo saber á todos sus lugartenientes para que fueran á buscar sus órdenes á este punto, no debían recibir instrucciones más que sobre el mismo terreno y de su propia boca. Finalmente, Ney á la extrema izquierda, con toda la joven guardia y parte de caballería á las órdenes de Nansouty, tenía el encargo de desfilar por detrás del *Gross-Garten* con cerca de cuarenta mil hombres, de girar en torno de este jardín, de expulsar á los rusos del llano que se extiende desde Striesen á Dobritz y de arrollarlos sobre las alturas cuando les quebrantara lo bastante el desastre de la izquierda de los coligados.

Salvo lo que aconsejaban los sucesos, operando Napoleón por sus dos alas, cada una de las cuales iba á quitar á los coligados uno de sus principales caminos, quería permanecer inmóvil en el centro con cincuenta mil hombres, reservándose disponer de ellos en caso necesario, sin temor de debilitar el centro de su línea, apoyado como estaba en la ciudad y en fuertes reductos, y con especialidad los del centro, fuesen rearmados y reforzados en hombres y en artillería. Previendo además un violento combate de artillería en el centro, llevó allá más de cien bocas de fuego de la guardia, independientemente de las baterías de Marmont y de Saint-Cyr.

Con ciento veinte mil hombres poco más ó menos iba Napoleón á combatir á doscientos mil enemigos, pues los coligados no bajarían de este número luego

(1) Con su habitual severidad ha representado el mariscal Saint-Cyr á Napoleón en sus Memorias como falto de todo plan para el día siguiente, siendo así que existe una serie de cartas, ignoradas del mariscal sin duda, cuya fecha es del 26 de agosto á las siete de la tarde, á la hora de terminar la primera batalla, y en las cuales se hallan consignadas todas las órdenes para el día siguiente con la más rara exactitud y la más perfecta previsión del resultado. Conviene, pues, no fallar sobre estos grandes sucesos sin ver antes los mismos documentos, y no algunos, sino todos á ser posible. Sin esto, por muy buen juez que uno sea y por cerca que de los sucesos se halle, sólo se emiten juicios erróneos. (N. del A.)

que los austriacos del general Klenau se encontraran sobre el terreno. De estos doscientos mil hombres había ciento ochenta mil delante de Dresde y veinte mil á las órdenes del príncipe Eugenio de Wurtemberg delante de Pirna. Aún más hubieran podido juntar los coligados, si no dejaran cerca de treinta mil hombres entre Praga y Zittau para guardar este desemboque, donde había quedado el príncipe Poniatowski. Pero para contrapesar la desigualdad del número tenía Napoleón la ventaja de sus combinaciones y los cuarenta mil hombres de Vandamme situados en Pirna con mayor utilidad que en Dresde.

Después de dictar estas disposiciones de la manera más precisa, fué Napoleón á cenar á la morada del rey de Sajonia con sus mariscales y á recibir las felicitaciones de toda la corte muy satisfecha, ahora que estaba irrevocablemente ligada á nuestra suerte, de ver al enemigo alejado de la capital y amenazado con una próxima y gran derrota. Napoleón no reveló sus proyectos á nadie, y si bien anunció una batalla decisiva para el día siguiente, no vaciló en decir que para la coalición sería funesta é hizo gala de singular alegría toda la noche. No se retiró hasta muy tarde, á fin de gustar algo de reposo entre dos batallas.

Lejos estuvo de terminar la jornada tan alegremente en el campo de los soberanos aliados. Allí se acusaban unos á otros de resultados del desastre sufrido delante de Dresde, se atribuía á la contraorden decidida y no dada, y no prevalecía el dictamen de renovar la temeraria tentativa, que acababa de costar inútilmente cinco ó seis mil hombres al ejército combinado. Ir á tomar en Dippoldiswalde, sobre la pendiente de las montañas de Bohemia, la posición amenazadora aconsejada por Moreau, no era practicable en el momento, pues equivaldría á proclamar una verdadera derrota, y declararla más grave que lo era en efecto. Pero resolvióse continuar firmes sobre las alturas que circuyen á Dresde, donde ocupaban una posición inmejorable. Apoyados para resistir en la capital de Sajonia, los franceses habían tenido la ventaja del terreno y los coligados discurrían tenerla á su turno sustentándose sobre el semicírculo de las alturas, y si les atacaban los franceses los rechazarían en desorden hacia los arrabales, donde aspiraron á penetrar sin fruto. A nadie le ocurrió pensar en aquel abismo de Plauen, más allá del cual se encontraba parte del ejército austriaco y donde sería imposible llevarle socorros si le aconteciera una desgracia. Solamente el príncipe de Schwartzenberg, temeroso de no ser bastante fuerte en el centro, retiró parte de las tropas que tenía al otro lado del valle de Plauen y debilitó así su ala izquierda cuando debía reforzarla, si bien es verdad que contaba con la llegada de la segunda mitad del cuerpo de Klenau para restituir á dicha ala la fuerza de que la privaba por de pronto. Con estas disposiciones tan diversas aguardaba cada cual la jornada del día siguiente.

Este día, 27 de agosto, llovía copiosamente, y en los intervalos de lluvia una espesa niebla cubría el campo de batalla, circunstancia lamentable para los soldados de ambas huestes, bien que ventajosa para las combinaciones de Napoleón. En maniobras transcurrieron las primeras horas de la mañana. De nuestro lado, y empezando por la derecha, el general Teste, puesto bajo

las órdenes del mariscal Víctor, fué á establecerse con los ocho batallones de que disponía enfrente de la aldea de Lobda y de la entrada del valle de Plauen, á fin de estorbar que los granaderos austriacos de Bianchi desembocaran por este punto, al modo que lo hicieron el día antes. Con sus tres divisiones, reducida una de ellas á una sola brigada, formóse el general Víctor en columna á la falda de las cumbres, aguardando á que Murat ejecutara su movimiento giratorio sobre la izquierda de los austriacos, y á caballo el mismo Murat desde por la mañana, tomando con la gruesa caballería de Latour Maubourg el camino prolongado de Priesnitz, apresuróse á trepar sin ser descubierto á la meseta donde debía maniobrar según le estaba prescrito. Marmont en el centro, teniendo detrás á la vieja guardia y al frente una formidable artillería, fué á situarse á la falda de las alturas de Racknitz á fin de recibir de viva voz las instrucciones que le diera Napoleón establecido á su lado. Algo á la izquierda, pero siempre en el centro, habiendo reunido Saint-Cyr sus tres divisiones, diseminadas en torno de la ciudad el día antes, tomó posición delante del *Gross-Garten*, pronto á atacar las alturas de Sttlen. Finalmente, á la extrema izquierda, con la joven guardia y la caballería de Nansouty, desfiló Ney en columnas por detrás del *Gros-Garten* para ir en seguida á medirse entre Gruna y Dobritz con los rusos.

Del lado de los aliados la distribución era la misma que el día antes, salvo algunas rectificaciones de posición, y aguardaban casi inmóviles el ataque de los franceses, cuyos preparativos divisaban por entre la niebla. Comenzando á la parte de su derecha, el conde Wittgenstein se hallaba opuesto con el grueso de los rusos al mariscal Ney entre Prohlis y Laubnitz: tenía sus masas sobre las alturas, y sus avanzadas en el llano. Detrás á la derecha y en torno de Prohlis, se encontraba la caballería de la guardia rusa á las órdenes del gran duque Constantino; detrás y á la izquierda, entre Torna y Laubnitz, estaban los granaderos á las órdenes de Miloradowitch. Barclay de Tolly mandaba estas reservas. Algo á la izquierda, y hacia el centro, se hallaban los prusianos de Kleist, entre Laubnitz y Racknitz, teniendo detrás la guardia prusiana y sus vanguardias en la llanura, á los alrededores de Sttlen y enfrente del mariscal Saint-Cyr. Del todo en el centro estaban desplegados los cuerpos austriacos de Colloredo y de Chasteler desde Racknitz hasta Plauen y dando frente al mariscal Marmont y á la vieja guardia. Allí en Racknitz mismo se hallaba el emperador Alejandro con el general Moreau, ya su fiel compañero, y casi pudiendo distinguir á Napoleón situado en la barrera de Dohna. A la izquierda y contra el valle de Plauen estaban alineados en columnas los granaderos de Bianchi, destacados del cuerpo de Giulay para reforzar el centro, y teniendo detrás y hacia Coschitz las reservas austriacas á las órdenes del príncipe de Hesse-Homburgo. Finalmente, más á la izquierda, al otro lado de este valle de Plauen, tan hondo, tan difícil de cruzar, se hallaban en Tolstchen los restos del cuerdo de Giulay, algo más lejos en Rosthal y Corbitz la división de infantería de Alois Lichtenstein, y del todo á la izquierda entre Comptitz y Alfranken la división de Meszko, formando parte del cuerpo de Klenau que aún estaba en marcha á esta

hora. Estas eran las tropas que Víctor y el rey de Nápoles iban á tener encima.

Desde que se tomaron las posiciones y se pudieron divisar los objetos por entre la niebla, comenzó el cañoneo, y se hizo violento muy pronto, pues entre las dos huestes no había menos de mil doscientos cañones en batería. Napoleón dispuso que jugara la artillería en el centro sobre todo, donde no había más que este medio de acción. A la derecha el general Teste se apoderó de Lobda, de donde expulsó á los tiradores austriacos, y penetró hasta la entrada del valle de Plauen. El mariscal Víctor, que había andado parte de la noche, después de dar algo de descanso á sus tropas, se formó en muchas columnas y acometió la empresa de trepar á las cumbres para aproximarse á las aldeas de Tolstchen, Rosthal, Corbitz, de las cuales debía hacerse dueño; y Murat, habiendo cruzado por el pequeño camino de Priemitz la ladera de la meseta, desplegó sus sesenta escuadrones sobre la derecha de la calzada de Freyberg, amenazando la izquierda de los austriacos. A las diez y media de la mañana ya estaba casi terminado este movimiento.

En el centro Saint-Cyr, situado algo á la izquierda de Marmont y la vieja guardia, abandonó las tapias del *Gross-Garten* que le servían de apoyo, quitó la aldea de Sttlen á los prusianos, y trató de seguirlos sobre las alturas de Laubnitz. Entre este punto y Sttlen trabóse un combate de los más vivos, á causa de echárseles encima los prusianos. Más allá del *Gross-Garten*, después de desfilarse Ney por detrás de este jardín, enderezándose á la sazón sobre su derecha, con la izquierda hacia adelante, operó el despliegue de sus fuerzas entre Gruna y Dobritz, y luego avanzó á Reick, arrollando por delante á las vanguardias de Wittgenstein. Marchando á la cabeza de treinta y seis mil hombres de una soberbia infantería y de cinco á seis mil caballos, se presentaba con la actitud resuelta que le era natural.

Salvo el lance formal empeñado hacia Sttlen entre Saint-Cyr y los prusianos, limitóse todo á cambiar un fuerte cañoneo en la mayor parte de la línea hasta las once de la mañana, y se empleó especialmente el tiempo en maniobrar sobre las dos alas. Entretanto no sabían qué partido tomar los coligados: no pudiendo descubrir lo que pasaba á su izquierda más allá del valle de Plauen, y viendo la marcha sostenida é imponente de Ney hacia su derecha, por sugestión del general Jomini se propuso al emperador Alejandro que se lanzara sobre Ney la masa de los prusianos por el flanco, así que se le viese llegar á Prohlis, mientras Barclay de Tolly le acometía de frente con las reservas rusas. Discurriase que llevando á un tiempo contra este mariscal de cincuenta á sesenta mil hombres, se conseguiría abrumarle. Pero cayendo personalmente Saint-Cyr con veinte mil hombres sobre los prusianos y cogiéndolos por la espalda, pudiera originar á su turno eventualidades muy distintas y quizá harto funestas para los aliados. Alejandro juzgó buena la idea que se le proponía; el príncipe de Schwartzberg acogióla por su parte; se acomodaba al ardimiento de los prusianos, y despacháronse emisarios al frío y metódico Barclay de Tolly para persuadirle á que concurriese con todas sus fuerzas á una maniobra que se consideraba decisiva.

Pero mientras amenazaba al mariscal Ney este peli-

gro más ó menos verdadero, otro seguro y no dependiente de la concurrencia de una porción de voluntades amenazaba á la izquierda de los coligados. A eso de las once y media, más allá del valle de Plauen, Víctor y Murat, entrados en línea y después de concertar bien su ataque, empezaron á ejecutarlo con tanta celeridad como energía. El mariscal Víctor llevó sobre su izquierda la división de Dubretón, una de cuyas brigadas debía arrebatar la aldea de Toltschen á los granaderos de Weissenwolf, al par que la otra arrancaba la de Rosthal del poder de la división de Alois Lichtenstein. Sobre su derecha dirigió la división de Dufour, reducida á una brigada, contra la aldea de Corbitz, por donde pasaba el camino real de Freyberg y donde el resto de la división de Alois Lichtenstein se encontraba. A la división de Vial la mantuvo en reserva. Continuando Murat su maniobra más allá de Corbitz y al otro lado de la calzada de Freyberg, trataba de avanzar hasta Comptitz y de rebasar la izquierda de los austriacos formada por la división de Meszko. Cuando al parecer había ganado Murat bastante terreno sobre la izquierda de los austriacos, dió al fin la señal el mariscal Víctor, y se marchó con paso veloz hacia las tres aldeas designadas. Al pronto hicieron los austriacos un fuego mortífero con cincuenta cañones, y cuando estuvieron más cerca nuestras columnas de ataque las recibieron con el fuego de la fusilería.

Guiados nuestros reclutas por oficiales vigorosos, no se desordenaron á pesar de la metralla y de las balas. Presurosamente avanzaron sobre las tres aldeas, se apoderaron de las tapias y de los jardines extendidos delante y desde allí las acometieron sin demora. Las dos brigadas de la división de Dubretón entraron en Toltschen la una, donde peleó cuerpo á cuerpo con los granaderos de Weissenwolf, y en Rosthal la otra, donde tuvo que habérselas con parte de la división de Alois Lichtenstein. Después de un combate harto corto, cayeron estas dos aldeas en nuestras manos. A la derecha la división de Dufour asaltó á Corbitz, se apoderó de ella, é hizo allí dos mil prisioneros. Entonces los austriacos se replegaron hacia atrás sobre el terreno que se eleva en forma de glacis, y se les siguió á este punto. De pronto, descubriendo la división de Alois Lichtenstein un hueco entre la división de Dubretón, declinada algo á la izquierda hacia Toltschen, y la división de Dufour, que se había quedado en Corbitz, sobre el camino real de Freyberg, trató de penetrar por aquel vacío. Pero la división de Vial, de reserva en el centro, se adelantó para hacerle cara, ínterin aprovechando Murat la oportunidad, con el golpe de vista de un superior general de caballería, lanzó la división de Bordesouille sobre la división de Alois Lichtenstein. Al galope cayeron los coraceros de Bordesouille sobre los austriacos, formados en cuadro y privados del uso de sus fuegos por la lluvia. Dos cuadros fueron rotos y acuchillados en un instante. Desembarazada la división de Dufour de este modo, tornó á emprender la marcha á lo largo de la calzada de Freyberg, mientras á la izquierda se esforzaban las dos brigadas de Dubretón por empujar hacia el abismo de Plauen á los austriacos. En vano quisieron los granaderos de Weissenwolf mantenerse firmes, pues fueron precipitados al Weisseritz, y quedaron sin libertad más de dos mil de ellos. Renovando al

mismo tiempo la caballería de Bordesouille sus cargas sobre la división de Alois Lichtenstein, llevóla hasta la cima de las alturas entre Altfranken y Pesterwitz, y después la precipitó sobre Porscháppel en lo más hondo del valle de Plauen. Allí se cogieron porción de hombres y de cañones. A la derecha Murat, que no había perdido de vista á la división de Meszko, para impedir que se juntara á Alois Lichtenstein la empujó sobre Comptitz con el objeto de lanzarla más allá de las alturas. Tres mil jinetes austriacos situados sobre los flancos de la división ésta se le echaron á sazón encima. Les opuso los dragones de la división de Doumerc, y destrozólos. En seguida acometió con sus coraceros á la división de Meszko, y por el camino real de Freyberg fué batiéndola más de una legua. Ora hacía alto esta división sin ventura para recibir las cargas de nuestros jinetes y sostenerlas á la bayoneta, pues no cesando de caer á torrentes la lluvia imposibilitaba los disparos, ora se retiraba lo más de prisa que le era posible. Finalmente, rebasada y rodeada por nuestros escuadrones, se vió reducida á rendir las armas con seis ú ocho mil hombres. A la sazón eran las dos de la tarde, y ya Murat había muerto ó herido á cuatro ó cinco mil contrarios, capturado doce mil prisioneros y cogido más de treinta cañones. Por tanto era completo el desastre del ala izquierda enemiga y sin exageración se puede decir que ya no existía esta ala.

Mientras se consumaban estos sucesos á la izquierda de los coligados, sobrevénia un extraño accidente en el centro.

Habiendo empeñado allí Napoleón un violento fuego de artillería contra los austriacos, que tenían muchos cañones y una posición dominante, y no hallando suficiente este fuego, hizo llevar treinta y dos piezas de á doce de la guardia, mandadas por el coronel Griois. Dirigiendo en persona estas baterías bajo las balas de los contrarios, las situó lo más cerca posible del blanco adonde debían asestar sus tiros. En este momento se hallaba el emperador Alejandro frente por frente en Racknitz mismo, teniendo al general Moreau á su lado. Haciendo éste notar el peligro de aquella posición al emperador de Rusia, le aconsejó que se situara á alguna más distancia. No bien le había dado tal consejo é inducido á que lo siguiese, una bala disparada de las baterías, cuyo fuego excitaba Napoleón en persona, le hirió en las dos piernas y le derribó al suelo con su caballo. ¡Extraño golpe de fortuna! ¡Le acababa de herir una bala francesa, casi disparada por Napoleón! ¡Qué de castigos, merecidos unos, inmerecidos otros, caían á la vez sobre la cabeza de este infortunado, que hubiera debido morir de mejor muerte!

El emperador Alejandro corrió adonde el general Moreau yacía, le estrechó en sus brazos, le hizo llevar á otra parte, y quedó con turbación honda de resultas de este incidente, cuyo anuncio produjo una impresión general entre los coligados al cundir de boca en boca. A esta noticia añadióse en breve la del desastre sobrevenido hacia la izquierda, á la cual era imposible llevar socorro por entre el valle de Plauen, y la de la negativa de Barclay, quien no había querido ejecutar la maniobra que contra Ney se le propuso, alegando que sobre aquel terreno reblandecido por la lluvia y cortado de canales no podía hacer bajar su artillería sin perderla.